

446 6305 190338

HUMBERTO GIANNINI

Este filósofo de la Universidad de Chile, que se encuentra en París en el lanzamiento de su último libro, asegura que "siempre el otro tiene derecho a juzgar mis actos..."

Entrevistas de Rosario Guzmán Errázuriz

“ El hombre de hoy va a lo suyo. No le interesa el otro. No tiene tiempo ni para detenerse a reflexionar sobre sí mismo, ni para escuchar a los demás, ni para conversar con sus 'próximos'. No tiene *encuentros* con los otros, sino meros *encontrones*... Por eso, el individuo enclaustrado en sus proyectos, tiende a convertir la ciudad contemporánea en un cruce peligroso de soledades. Con todo, soledades a medias, puesto que hay algo que no cabe programar ni extirpar: es el deseo de un encuentro real con otra vida, encuentro que haga tolerable nuestra soledad o, como decía Sartre, justifique la existencia...”

Con estas palabras, el filósofo Humberto Giannini, profesor universitario, director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, graduado en la Universidad de Roma, miembro de la Academia Andrés Bello y del College International of Philosophie, emite un diagnóstico profundo acerca de lo que está sucediendo en el planeta y en nuestro país, detrás de las cifras económicas, los adelantos de la ciencia y la tecnología, la abundancia y el consumo de bienes materiales y la "eterna juventud" a la que se aferran quienes no están dispuestos a envejecer...

"Hay de todo y para todos, pero nada más", sentencia, en tanto advierte una terrible nostalgia de humanidad y de sentido trascendente "en un mundo donde los socialismos se han derrumbado, con la caída del régimen marxista, mientras el liberalismo se sostiene ex-

clusivamente en el principio absolutamente deficitario de la libertad individual".

Humberto Giannini fue, desde muy pequeño, capaz de penetrar en los recordos más insondables del alma humana, en virtud de una infancia "hermosa y solitaria", en la que se fugaba a las rocas más cercanas a Playa Ancha, en compañía de sus libros, para dar rienda suelta a esas reflexiones en torno al mundo, la existencia humana y los amores imposibles... Tantas horas le destinó a esta suerte de necesidad vital, mientras cursaba 4º año de humanidades, que fue suspendido del colegio por inasistencia... Después de aquello se lo pasó 2 años, en calidad de aspirante a oficial de la marina mercante, navegando en alta mar, en tanto no hacía otra cosa que salir a cubierta a contemplar las estrellas, preguntándose sobre los misterios del universo...

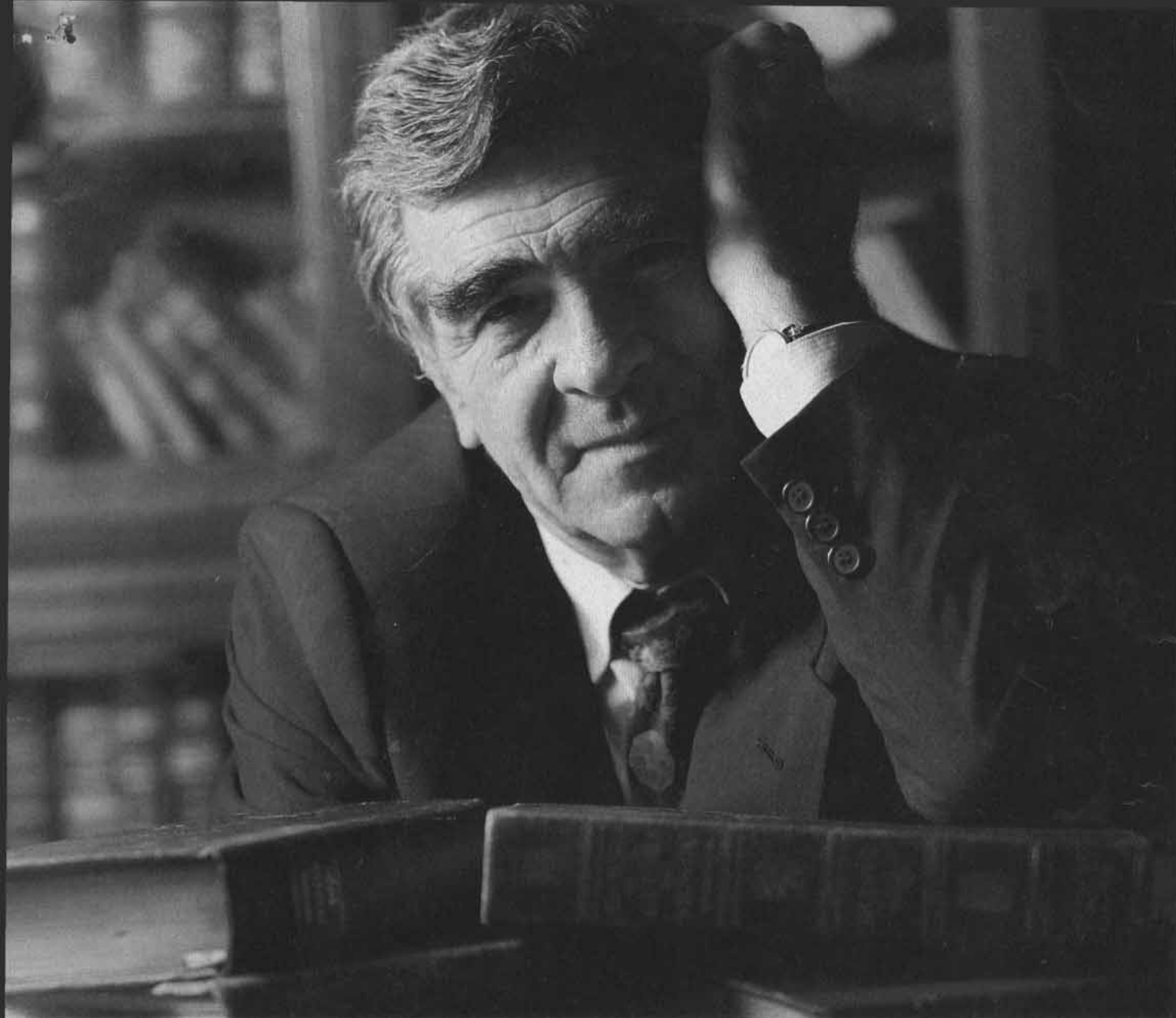
Más tarde estudia psicología y luego se hace filósofo, viaja a Italia y se especializa en filosofía medieval: y es que él es un hombre con una profunda inquietud religiosa, con una honda experiencia de Dios. Tal vez por ello, irradia un optimismo y una alegría de vivir ("he pasado la vida cantando") que nada pareciera ser capaz de empañar. Ni siquiera ese dolor que vino a golpear a su puerta cuando su mujer, la profesora Luisa Eguiluz (junto a quien tiene 3 hijos), fuera expulsada como directora del liceo Arturo Alessandri, durante el régimen militar, y que se ha convertido en

escritora ("Los caballeros negros") y guía de talleres literarios.

"Fui un gritón en el régimen pasado, en la defensa de los derechos humanos", reconoce. Hoy defiende con ahínco el derecho de cada persona a exigirle a la sociedad que no la deje abandonada a su propia suerte individual, en este mundo al que ella no pidió llegar... "Este es, a nuestro entender—dice—, el principio más elemental de los derechos humanos: y un examen sincero de la crisis moral que nos preocupa debe empezar justamente por él. Pues una sociedad que deja material, intelectual y afectivamente a las generaciones jóvenes entregadas a su suerte individual—o a la que arrastran sus padres— y que nada tiene que proponerles para justificarse ante ellas, tiene en verdad pocos y pobres argumentos para integrarla a la vida común, salvo los que impone la ley".

— Usted se refería a la crisis moral. ¿No es la moral un hecho subjetivo—como piensan algunos— y nadie tendría entonces derecho a juzgar las conductas de los otros?

— Algunos piensan que por radicar la moral en una buena o mala intención, no hay manera de saber de esa subjetividad. Y luego, el hecho moral sería un hecho privado. Pero se llama justamente *moral* por comprometer real o intencionalmente la esencia viva de *otras* subjetividades: su dignidad. Por tanto, hablar de "moral privada" es como nombrar el triángulo y, para ejemplifi-



carlo, dibujar un cuadrado. Ocurre que siempre nuestra acción está comprometiéndose a otra vida humana y es por esto que *el otro tiene derecho a juzgarme*: si es propio de la convivencia el acto de juzgar, la moral no puede quedar al margen de dicho enjuiciamiento y, por tanto, no hay hecho, por insignificante que sea, que no pueda ser juzgado por los otros.

Un tema que apasiona a este intelectual-musicólogo-cinéfilo-operático es el que se ha llamado "la crisis de pausa" y que él define así: "Hoy todo es sucesión de acontecimientos, pero nadie sabe hacia adónde va... Los hombres corren, trabajan, se agobian y se agotan, viven volcados hacia afuera y no se recogen en sí mismos, no conversan, no saben del tiempo gratuito... Todo es ajetreo, actividad, proyectos, funciona-

lidad, eficiencia. Esto, a nivel de la pareja, de la amistad, de lo laboral..."

¿Las consecuencias de esta forma de vivir? Responde el catedrático: "Esto se revela en 'la muerte de Dios', muerte de los ideales, falta de pensamiento profundo, ausencia de reflexión... Y es así que hoy veo seres desesperanzados, porque no hay nada por qué luchar, nada que esperar, nada que preguntarse..."

El autor de "La reflexión cotidiana" (traducido al francés) manifiesta su preocupación por "el endiosamiento del pragmatismo", cuando afirma que "la eficacia destruye el misterio y éste tiene que esconderse y disimularse porque la sociedad no le da espacio".

— Para terminar, profesor, si usted tuviese que elegir dos verbos que le haría bien conjugar al hombre de hoy para alcanzar un mayor grado de paz y

bienestar interior, ¿por cuáles se inclinaría?

—(Medita unos instantes y con la sonrisa dibujada en el rostro...) Le mencionaré dos sustantivos, en vez de verbos, si no tiene usted inconveniente... En primer lugar, la *comunicación*, esto es, la capacidad de hacer común mis experiencias, de tratar de encontrarme con el otro en una experiencia profunda y no en un proyecto de conveniencia. Y, en segundo lugar, la *tolerancia*, que no es sólo tolerar al otro, sino la capacidad de aceptar el argumento ajeno hasta el punto de que el otro pueda *modificar* mi propio planteamiento...

Hasta aquí, las elucubraciones de este filósofo que busca redibujar y colorear este mundo teñido de ansiedades y desesperanzas, en el intento de hacerlo más amable y más humano... ☺